

**ALETOSOS:
IDENTIDADES GENERACIONALES EN TUMACO**

Eduardo Restrepo

En este mundo, no jugamos al ajedrez con figuras eternas, el rey, el alfil: las figuras son aquello que las sucesivas configuraciones sobre el tablero hacen de ellas.

VEYNE

INTRODUCCIÓN¹

En el extremo sur de la ensenada que lleva su nombre, Tumaco es el centro urbano más importante del Pacífico nariñense. Desde el cielo, las casitas se ven apretujadas en una pequeña isla ante el imponente océano y el verde de los manglares. En una de las tantas desembocaduras del río Mira y ante la inmensidad del océano, emergió desde los tiempos coloniales como un pequeño puer-

¹ Esta investigación fue diseñada y desarrollada junto con Jairo Castillo, quien siempre ha preferido el lenguaje del teatro y la danza para expresar los resultados de nuestro trabajo. Aunque he sido yo quien ha escrito (y, por tanto, mfa es la responsabilidad de las distorsiones y los errores), Jairo Castillo siempre ha leído y comentado detalladamente los materiales, por lo que a todas luces es coautor de este artículo. Que sea este el momento para agradecer a Hancler Lemos, amigo y compañero, por su colaboración no sólo con esta investigación, sino durante mis reiteradas estadías en Tumaco. Aunque es interminable la lista de quienes estuvieron siempre dispuestos a responder mis infinitas preguntas, no podría dejar de mencionar a Pilo, Mamón, Súlivan, Pambelé, Sacho, Andrés y Eduardo, que pasaron noches enteras conversando conmigo sobre el tema.

to y se consolidó hacia finales del siglo XIX al vaivén de los ciclos de extracción de los recursos forestales. Durante el presente siglo ha sido varias veces reconstruida después de los constantes incendios que la han dejado parcialmente reducida a cenizas, le han arrebatado la majestuosidad de las construcciones en madera edificadas como testigos silenciosos de las épocas de bonanza en los albores del siglo. Como si ello fuera poco, y algo así como una paradoja en el nombre de océano Pacífico, en varias ocasiones los maremotos han traído destrucción y muerte tanto a los habitantes de Tumaco como a otros poblados de la costa.

Los abuelos aún recuerdan cómo en las primeras décadas de este siglo Tumaco era un reducido poblado de pescadores que encontraba en la riqueza de sus aguas el sustento para sus familias, mientras que otros se dedicaban a la recolección de la tagua o el caucho, que compraban o cambiaban por mercancías a los comerciantes extranjeros. En aquellos años existieron monedas acuñadas por las casas de comercio más prestantes de Tumaco. Hacia mitad de siglo, no fueron pocos los que se dedicaron a trabajar para las grandes plantas y aserríos que instalaron los norteamericanos o europeos: Infoco, Maderas y Chapas de Nariño, Wood Mosaic o Iberia, son algunos nombres que todavía perviven en el recuerdo de gran parte de los tumaqueños que vieron cómo, desde el cuarenta hasta mediados del setenta, se exportaban grandes cantidades de madera.

Paulatinamente, Tumaco ha dejado de ser aquella aldea de pescadores negros con algunos visos de ciudad enclavada en una pequeña sociedad blanca descendiente de migrantes extranjeros o de los antiguos propietarios de los placeres auríferos en el colonial distrito de Barbacoas (Leal, 1998). Las dinámicas poblacionales propiciadas por el auge de la industria maderera y la extracción de la corteza de mangle, al igual que por la agroindustria de la palma africana y el cultivo del camarón, han modificado el pai-

saje natural y humano de la ciudad de principios de siglo (Escobar, 1996). Desde poco antes de los años cincuenta, los procesos de modernización y planificación agenciados por el Estado, la iglesia o por otras entidades no gubernamentales, han contribuido igualmente a la configuración de una infraestructura urbana y de unos "regímenes de representación de ciudad" en Tumaco (Álvarez, 1998).

En este contexto, las identidades y experiencias culturales de las poblaciones negras de Tumaco se encuentran sujetas a profundas redefiniciones y reacomodamientos. Los anclajes y soportes culturales e identitarios de las comunidades negras rurales creados durante los últimos siglos en sus estrategias adaptativas al bosque húmedo tropical (Friedemann, 1974; Villa, 1994; Whitten, 1992; West, 1957) se encuentran en proceso de redefinición y transformación de acuerdo con las nuevas dinámicas urbanas, de modernización, de movilidad y de interacción con otros horizontes culturales. Múltiples son los hechos culturales en los cuales se pueden buscar dichas transformaciones. Sin embargo, pocos han demandado tanta atención y polémica entre los tumaqueños como la emergencia de los *aletosos*.

Desde la década de los noventa, los grupos de jóvenes que han sido identificados como *aletosos* hacen parte de la cotidianidad discursiva y de las experiencias de los habitantes y visitantes de Tumaco. Como se expondrá con más detalle en el texto, heterogéneas y contradictorias han sido, sin embargo, las percepciones y las actitudes hacia los *aletosos*, así como las de quienes son así denominados para con los diversos habitantes de la ciudad. Los disímiles discursos, relaciones y prácticas sobre y de los *aletosos* constituyen un privilegiado objeto de análisis antropológico en los actuales dispositivos de construcción de identidades locales en un contexto urbano del Pacífico colombiano.

“ALETOSOS”, UNA PALABRA EN BOCA DE TODOS

Aletoso es una palabra que se escucha fácilmente en Tumaco. Casi que el primer día, el visitante puede observar cómo alguien en un tono de broma o claramente enojado puede decirle a otro *aletoso*. Este visitante puede preguntar a los tumaqueños por el sentido de la novedosa palabra. Muy probablemente, a este hipotético y curioso visitante le dirán, en un tono entre misterioso y jocosos, que los *aletosos* son de esta o aquella manera, le señalarán los barrios y sitios de la ciudad que frecuentan, y le indicarán el peligro que significan para los desprevenidos transeúntes.

Es menos seguro que este sorprendido visitante obtenga una respuesta si pregunta de dónde salió la palabra o por qué se utiliza para designar a dichos personajes: un simple encoger de hombros para revelar desconocimiento o, en el caso de los más imaginativos y deseosos de aparecer como sabedores de cuanto sucede en su ciudad, esfuerzos por establecer algún tipo de asociación con la palabra. Si la curiosidad del visitante raya con la obsesión, se puede dedicar a preguntarle a las más disímiles personas por el origen y sentido del término *aletoso*. En este caso, se encontrará con una diversa colección de interpretaciones, casi tan variadas e igual al número de personas que se han atrevido a realizar algún tipo de asociación. Lo que pronto resulta evidente es que explícitamente no existe un consenso ni mucho menos una elaboración reflexiva al respecto.

No obstante, en esta colección de interpretaciones se puede encontrar algunas constantes. Un tipo de asociaciones son aquellas que establecen una conexión metafórica entre los movimientos de los *aletosos* y el de los peces. Para algunos, la particular cadencia del cuerpo al caminar atribuida a los *aletosos* es percibida como semejante al desplazamiento de los peces en el agua o, más específicamente, las manos que el *aletoso* supuestamente echa

rítmicamente para atrás, les parece igual al movimiento de las aletas de los peces al nadar: de ahí, concluir, se ha utilizado el término de *aletoso* para designar a quienes se mueven de esta forma.

Otra asociación que cabe dentro de este tipo es la de aquellos que afirman que el uso de esta palabra para dichos personajes se debe a su manera de pelear con la navaja, esto es, manteniendo en movimiento el cuerpo, con una mano por encima de la cabeza y el puñal listo para agredir al oponente, mientras la otra mano se desplaza a semejanza de las aletas de los peces para mantener el equilibrio. A pesar de las diferentes versiones que pueden ser halladas, la constante en este tipo de asociaciones radica en las analogías tejidas entre los aletosos y los peces, en particular con sus aletas.

Otro tipo de asociaciones se pueden clasificar como lingüísticas, esto es, derivan o relacionan el término de *aletoso* con otros como son los de *aletear*, *aleteo* o *aletiado*. Para algunos habitantes de Tumaco, el empleo de *aletoso* se desprende de *aletear* que, según ellos, es la palabra con la cual se denomina una forma particular de *voltear* con la navaja. Para otros, en cambio, *aleteo* es un término más general que significa *empalarse* o *calentarse*, esto es, mostrarse agresivo o grosero ante otro mediante el despliegue de una amplia gestualidad que no se traduce necesariamente en un ataque físico. En este sentido, decir que “estoy aletiado” significa que se está *caliente*, “resuelto para lo que sea”.

Otro puede ser el camino para buscar un significado probable del término. Esta vez ya no apelando a la reflexión de los sujetos, sino deduciendo dicho significado de su uso cotidiano. Para ello se pueden analizar diferentes enunciados en que aparece no sólo el término de *aletoso*, sino también sus formaciones verbales y sustantivaciones. Al decir que “el mar está aletiado”, se hace referencia a que se encuentra picado. Al regañar a una niña, y al ver cómo ésta le replica y agarra unas piedras con intención de

lanzárselas, una mujer la apostrofa diciéndole que “no se aletee”. Al que camina por la ciudad sin camisa y sin zapatos se le puede decir que “anda todo aletiado”. En estos enunciados se pueden hallar formaciones verbales o adjetivadas referidas no sólo a los seres humanos. Lo aletiado remite a una cualidad o acción temporal o permanente de ruptura o subversión de un orden o de un estado de tranquilidad, quietud o “normalidad”.

DAÑADOS Y SANOS: TAXONOMÍA SOCIAL DE LOS JÓVENES EN TUMACO

Cualquiera que sea su significado, si intrínsecamente tiene alguno, *aletoso* es antes que nada una categoría social de clasificación. *Aletoso* es una categoría que permite la clasificación de ciertos individuos en un espacio social determinado. Aunque el término es relativamente reciente, puesto que sólo aparece en los años noventa, es posible registrar ciertas transformaciones en sus connotaciones en un comienzo y en la actualidad. En sus inicios, *aletoso* fue utilizado para referirse a los personajes que aparecían, a los ojos de otros, con una imagen y comportamiento llamativo:

Según la comunidad de Tumaco, ha bautizado con el nombre de “aletosos” a aquellas personas que en el vestir son exageradas, colocándose prendas muy vistosas e incluso llegando a usar aretes, manillas de cuero, entre otras. Estas personas tienen su propio vocabulario, que lo colocan en prácticas entre ellos mismos [sic]².

En este sentido, en el origen y connotaciones del término se expresa la posición de grupos sociales y generacionales que exa-

minan, interpretan y censuran las prácticas de otros. En un comienzo, ciertos jóvenes de algunos barrios periféricos fueron clasificados como *aletosos* por grupos sociales ajenos a estos barrios y/o por las generaciones mayores. En ningún momento el término de *aletoso* surge de quienes son así clasificados, ni fue inicialmente una categoría de autoafirmación: el *aletoso* no se llamó inicialmente a sí mismo de esta manera; fueron los demás quienes a sus espaldas, sin que se diera cuenta, lo señalaron como tal.

Así, para principios de los noventa, se podía distinguir al *aletoso* con observar su manejo del cuerpo, el estilo de su caminado, el corte de cabello, los aretes que lucía... en fin, una serie de significantes que socialmente estaban codificados para identificarlo. En este sentido, sin mayor dificultad ni ambigüedad se podía saber si alguien era o no *aletoso*. Así por ejemplo, si a un grupo de interlocutores se les señalaba al azar a un transeúnte ocasional preguntando si él era *aletoso*, había consenso en la respuesta mediante un acto rápido de observación.

No obstante, el término fue adquiriendo cada vez más una connotación despectiva y asociada a determinadas prácticas delincuenciales. En esta acepción, *aletoso* es una palabra acuñada por sectores sociales y generacionales que se han visto efectiva o imaginariamente amenazados por las prácticas de ciertos jóvenes de algunos barrios considerados “marginales”. Con un sentido despectivo, *aletoso* se ha utilizado para señalar a un individuo al que se le atribuyen determinadas características. *Aletoso* aparece ya no solamente asociado con un manejo del cuerpo y del lenguaje, sino también con prácticas delincuenciales, de consumo de drogas y de *vagancia*:

El *aletoso* se entiende la persona más que todo que están entre los doce a los veinte años, que se dedican a hacer actividades ilícitas en menor cuantía. Por decir se arman cuatro, cin-

² Arias, Andrés. 1995. “En Tumaco la palabra de moda ‘los aletosos’”. Semanario *La Ola*, N° 74, 20 de septiembre, p. 19.

co, con cuchillos, con recortada o con hombrosolo –como le llamamos acá– y atracan al que dé la oportunidad. Le quitan cadenas, le quitan anillos, le quitan plata, en pocas cantidades, en poco valor se puede decir³.

Al mismo tiempo que el término de *aletoso* era asociado cada vez más con estas prácticas delincuenciales, de consumo de drogas y de *vagancia*, se fueron generalizando en los jóvenes tumaqueños aspectos corporales y lingüísticos identificados en primera instancia con los *aletosos*, así como estos últimos asumieron otros que compartían con los jóvenes en general y que nunca han sido considerados como un rasgo específico de *aletoso*.

De esta manera, en la actualidad las cosas se han complicado: ya no es tan fácil definir con una simple mirada quién es *aletoso* o no. Dos han sido las direcciones de este proceso. De un lado, algunas de las prácticas que alguna vez fueron atribuidas a los *aletosos* ya hacen parte o han sido apropiadas, en mayor o menor medida, por muchos jóvenes de Tumaco: el corte de pelo, el uso de aretes, el tipo y el estilo de la ropa, la forma de caminar, el tono melódico de su lenguaje, la música escuchada y el baile han dejado de ser patrimonio exclusivo de quienes eran denominados *aletosos*. De manera paradójica, en el transcurso de unos pocos años, el estilo y el manejo del cuerpo mediante el cual eran señalados y censurados se ha transformado en una moda. Es fácil observar por las calles de Tumaco a los muchachos con un corte de pelo, con las zapatillas o con largas camisas por fuera al mejor estilo *aletoso*. Los *aletosos* han sido mimetizados por esa apropiación generalizada de los significantes visuales y sonoros que los hacían fácilmente

identificables; han sido definitivamente expropiados en aras de la construcción de identidades generacionales que trascienden los umbrales y connotaciones de su capital simbólico.

Del otro lado, los *aletosos* han recurrido a objetos, prácticas y representaciones de las expresiones de los jóvenes en general. En este sentido, muchos jóvenes de Tumaco comparten características corporales o lingüísticas con quienes son identificados como *aletosos*, no porque hayan copiado o expropiado a estos últimos, sino más bien porque ambos definen sus identidades generacionales a partir de unos diacríticos comunes.

Pero esta “mímesis” no ha diluido el término *aletoso* como categoría clasificatoria. Al margen de la moda, continúan existiendo los *aletosos*. Ahora es más difícil distinguirlos a simple vista, pero siguen siendo señalados: “ése es un *aletoso*”, se comenta en voz baja en tono de reproche, de admiración o de prevención. Son otros los mecanismos para identificar y definir a alguien como *aletoso*. Ya no es suficiente con la observación del cuerpo; ahora se requiere un conocimiento más detallado del comportamiento. Así, los mecanismos de control se desplazan cada vez más del cuerpo al comportamiento, de un saber individual a uno colectivo. Mediante el *bochinche* y la observación colectiva, se registra al milímetro el comportamiento: a dónde va, con quién anda, qué hace... Estas informaciones socialmente construidas indican quién puede ser definido o no como *aletoso*.

Por tanto, si antes era posible mediante la observación individual del cuerpo clasificar a alguien como *aletoso*, ahora es cada vez más necesario conocerlo en su comportamiento a partir del saber colectivo que circula en el barrio y el grupo parental. Mediante esta observación y saber social del comportamiento de los individuos, se ha llegado a diferenciar a los falsos de los auténticos *aletosos*. Así, un *aletoso bamba* es quien parece o quiere parecer *aletoso*, pero no lo es realmente o, mejor, no es reconocido como

³ Entrevista con el subcomandante de la estación de policía. Tumaco, enero de 1999.

un *propio aletoso*. De esta manera se complejiza la categoría social, se establecen criterios y mecanismos de autenticidad/apariencia, de ser/imitar.

Cuando uno ve un muchacho que uno sabe que no es delincuente, pero que por su vestir y su forma de caminar le dices: pareces aletoso [...] Los propios aletosos están relacionados con delincuencia y andan en gallada, siempre andan en grupo. Ellos tienen sus pandillas también, porque ellos trabajan es con pandillas, ellos no trabajan solos⁴.

En la actualidad, son múltiples los criterios utilizados colectivamente para identificar a alguien como *aletoso*. Estos criterios no han sido construidos reflexivamente, no hacen parte de un catálogo que se pueda exponer con facilidad, escapan como conjunto a la conciencia de los sujetos que clasifican y son clasificados. Son, más bien, el resultado de la misma práctica social de clasificación. Sólo pueden ser decantados después de largas conversaciones con múltiples personas y de escuchar innumerables enunciados intentando destilar de ese inmenso material aquellos criterios compartidos y actuantes en la vida cotidiana.

Los criterios que hacen que alguien sea clasificado como *aletoso* son bien disímiles y variados. Existe una serie de características que se esgrime cuando se describe a un *aletoso*. Como ya ha sido planteado, los criterios son de dos tipos, por un lado aquellos que aún se inscriben en el cuerpo y, del otro, aquellos que se refieren al comportamiento. El cuerpo en tanto construcción cultural es significativo y soporte de las relaciones sociales. En este sentido, múltiples son los significantes inscritos en el cuerpo que

⁴ Entrevista con Tulia Carabalf. Tumaco, enero de 1999.

son utilizados para la clasificación del *aletoso*. Antes que nada, el cuerpo del *aletoso* es necesariamente joven, entre los catorce y veinticinco años aproximadamente. El movimiento rítmicamente pausado, dejando que manos y pies se desplacen con amplitud, definen el estilo del caminado *aletoso*. De la misma manera, se ha identificado un tipo de baile y de estilo musical como de *aletoso*. "Champion", nombre de una canción, sirve de pista privilegiada para un baile considerado de *aletoso*. Particularmente sensual, escandaliza a los más conservadores.

Los *cortes* son también significantes. Para los hombres, la rasuración parcial del cabello, llevándolo muy corto, es el más generalizado, aunque también pueden encontrarse algunas formas de usarlo largo. Varias son las maneras del *corte* parcialmente rasurado: a veces se deja sólo un pequeño mojón cerca a la frente en forma de curva o, en otras ocasiones, el *corte* implica estar rasurado hasta unos dos centímetros por encima de las orejas, dándole al cabello restante una apariencia levemente cilíndrica. No son escasas las figuras finamente delineadas sobre la parte rasurada. Aunque la hoja de marihuana o el logotipo de una marca de tenis⁵ son las figuras más recurrentes, se pueden observar nombres o los dibujos más *sui generis*. En el caso de los hombres, el uso de ciertos adornos es criterio de *aletoso*: las candongas de plata, los topos de oro o los aretes largos. Aunque en ocasiones se pueden registrar varias perforaciones en una oreja, por lo general se hace sólo una. Independientemente de que sean varias o sólo una, los orificios siempre se realizan en la oreja izquierda. Hacerlo en la derecha significa homosexualidad.

El estilo del vestir se define como criterio de clasificación. En general, el vestir con ropa significativamente ancha es una marca de

⁵ El de Nike.

aletoso. Las camisetas, largas y estampadas, son usadas por fuera; los pantalones, cortos o largos y sobresalientemente amplios; las zapatillas, *pomposas*, grandes y *de marca*; las gorras multicolores son llevadas con la visera hacia atrás, sea de día o de noche. El vestido de *aletoso* es denominado *elegante*⁶. La utilización de collares de cerámica, de vistosas pulseras tejidas y de imágenes religiosas atadas en el cuello o en las muñecas hacen parte de la parafernalia atribuida al *aletoso*. El uso de ciertas palabras y formas gramaticales, como de un particular tono al hablar, son también considerados como de *aletoso*. Palabras como *ñía*, *mangar*, *vacilar* o *caballo*, o formaciones gramaticales como *darle mente* o *romper el cuero* forman una suerte de lenguaje propio que, acompañado de su musicalidad y un significativo despliegue gestual, hacen que se lo indique como de *aletoso*.

El comportamiento conforma el otro tipo de criterios esgrimidos para clasificar a alguien como *aletoso* o no. Criterio que adquiere un lugar privilegiado ante los procesos de mimesis que han hecho insuficientes a los significantes del cuerpo para clasificar y ser clasificado como *aletoso*. Estar acompañado de personas reconocidas como *aletosos* es uno de los más relevantes. Quien ande con *aletosos* debe ser uno de ellos, es la deducción que generalmente se hace.

Algo semejante ocurre al frecuentar ciertos lugares que son considerados de *aletosos*. Así, por ejemplo, Rincón Caliente, una salsoteca en el Puente del Medio, aparece como un espacio donde sólo van los *aletosos*. La *vagancia*, entendida como el no dedicarse al estudio ni al trabajo, es definida como propia del comportamiento de *aletoso*. La participación en determinadas actividades delin-

⁶ "El aletoso anda bien elegante. No es un ladrón gamín, ni sucio; anda con su buen *jean*, buena camiseta, con reloj. Además que eso es lo que le gusta robar también las zapatillas y las botas" (Tulia Carabál, Tumaco, enero de 1999).

cuenciales como el atraco menor o el uso de ciertas drogas constituyen otros criterios asociados al *aletoso*.

Se han mencionado dos tipos de criterios que, desde la práctica social, son considerados para identificar y definir que alguien es *aletoso* o no. Sin embargo, el asunto es más complicado de lo que parece ya que existen personas identificadas como *aletosos* que no presentan una o varias de las características anotadas. Por dar algunos ejemplos, hay individuos considerados *aletosos* que estudian o trabajan, que no caminan como los otros o que prefieren otra forma de vestir. A la inversa, ya se ha anotado cómo se ha puesto de moda entre el grueso de los jóvenes de Tumaco la vestimenta, el *corte* de cabello o el baile considerados *aletosos*. En síntesis, la presencia de uno o varios de estos elementos no significa que alguien sea catalogado como *aletoso*, y quien es clasificado como tal no necesariamente posee todos y cada uno de ellos. Además, dependiendo de quien clasifica y de quien es clasificado, resulta muy probable que no se den consensos sobre si alguien es o no un *aletoso*. De cualquier forma, *aletoso* ha sido construido como un Otro. Por ello, al decir que alguien es un *aletoso*, se le clasifica y se le atribuyen determinadas prácticas socialmente censurables.

Para ser identificado como *aletoso* no se requiere ser hombre, aunque la proporción entre los hombres y las mujeres definidos como tales favorece ampliamente a los primeros. Sin embargo, se presentan diferencias significativas entre unos y otras. Estas últimas no poseen *combos* de mujeres. Las *aletosas* son, ante todo, quienes parecen, andan y tienen como compañeros a los *aletosos*⁷.

⁷ Aquí se abre una interesante línea de investigación con respecto a la construcción de género en los *aletosos*. Por ahora, sólo plantearé como hipótesis de trabajo, que requiere de una contrastación detallada en el campo, que la construcción de las identidades de los *aletosos* está marcadamente masculinizada.

Se les atribuye un manejo del cuerpo y del comportamiento análogo al que se ha descrito:

E: –¿Y hay mujeres aletosas?

S: –Huy, sí...

Pa: –Cualquier cantidad.

S: –Una pelada aletosa es asimismo como uno.

M: –Y es hasta más corrinchosa.

E: –¿Ellas también hacen vueltas?

Pa: –Aquí en Tumaco hay mujeres que nos rompen a cualquiera de los que estamos aquí.

Pi: –Sí.

M: –Ellas se van con un man, y sabe que tiene la plata y nos llaman a nosotros⁸.

Aletosos no es la única categoría para identificar y definir socialmente a alguien. Además de *aletosos*, existen otros términos clasificatorios para los jóvenes en Tumaco. Uno de los más evidentes es el de *gomelo*. El *gomelo* aparece, por contraste, como una figura pertinente para la clasificación social del *no-aletoso*. *Gomelo* es un término usado con fines clasificatorios en diferentes lugares del país. No obstante, no significa lo mismo en Tumaco que en Bogotá, por ejemplo⁹. *Gomelo* y *aletoso* son dos términos explícitos de un sistema clasificatorio que, al igual que el de la lengua, resultan significantes por su lugar de oposición y de relación con los otros.

⁸ Conversación grabada. Tumaco, agosto de 1997. Preguntas del autor (E), intervenciones de Mamón (M), Pambelé (Pa), Pilo (Pi) y Súlván (S).

⁹ Otro tanto sucede con el término de *aletoso* que puede ser encontrado en Buenaventura y Cali, pero que adquiere connotaciones diferentes como se expondrá más adelante.

De la misma manera que el *aletoso*, en el cuerpo y el comportamiento se inscriben los diacríticos que indican la identificación social de alguien como *gomelo*.

El *gomelo* es, en primer lugar, un joven de la élite o de sectores medios o medio-altos de la sociedad tumaqueña. En su cuerpo se marca la posición social del *gomelo*. La ropa que viste es costosa y de ciertas marcas. Lleva las camisetas cuidadosamente por dentro del pantalón o, cuando están por fuera, las combina con camisas. En general, sus prendas son menos llamativas en colores, tamaños y logotipos que las del *aletoso*. Cadenas y pulseras de oro reemplazan la profusa parafernalia que llevan los *aletosos*. En ocasiones, poseen sólo algunos escapularios o manillas de cuero o tejidas compradas a los artesanos que llegan o viven en Tumaco. El olor a colonia acompaña a los *gomelos*, al igual que sus inseparables motocicletas. Los espacios de los *gomelos* son bien distintos a los de los *aletosos*. La bajada del Puente¹⁰, el parque Colón y barrios como el Miramar, la Ciudadela y Pradomar son algunos de los sitios donde habitan y se reúnen *gomelos*. Existen, igualmente, discotecas donde se puede apreciar un número significativo de *gomelos* como Oxígeno o Candilejas:

Los aletosos viven en los Puentes, y los gomelos, más que todo los hijos de papi y mami, viven en el centro, más que todo ellos buscan los barrios más residenciales como el parque Colón, la calle del Comercio¹¹.

Aunque *aletoso* y *gomelo* son dos categorías diferentes de clasificación de los jóvenes en Tumaco, ambas se oponen a la de los

¹⁰ Se refiere al puente que une a la isla de Tumaco con la del Morro.

¹¹ Conversación con "Pambelé" grabada en Tumaco en agosto de 1997.

que son considerados *sanos*. Se podría decir, incluso, que la taxonomía social de los jóvenes se puede representar como una recta en cuyos extremos están de un lado los *aletosos* y los *gomelos* y del otro los *sanos*. Tanto *aletosos* como *gomelos* son representados como *dañados*.

Y se visten todo gomelo. Los gomelos son parecido a nosotros los aletosos, ellos le tienen miedo a los aletosos, les tienen pánico. Ellos son como similar a nosotros, porque lo que nosotros metemos ellos también lo meten. Ellos quieren ser más que uno, ellos los ve bien vestidos y tales, ellos son hijos de papi y mami. Ellos son como picao a plástico, son como similares a nosotros los aletosos porque hay gomelos que caminan así y tales¹².

El uso de drogas, la participación en actividades delincuenciales y el no ser *hijos de familia* son algunos de los criterios utilizados para definir a los *dañados*. En este sentido, los *gomelos* son tan participantes de actividades delictivas y de consumo de drogas como los *aletosos*. Pero en esta categoría de *dañados* no sólo se encuentran *aletosos* y *gomelos*, también están las *ratas* y los *desechables*.

Varios son, entonces, los criterios que definen la categoría de lo *sano* en el caso de los jóvenes en Tumaco. El manejo de su cuerpo es identificado como *serio*—esto es, la ropa, el *corte*, la parafernalia, sus movimientos y los términos utilizados—, discreto y diferente de aquel atribuido a los *aletosos*. Su comportamiento es el de un *pelado de casa*, es decir, estudia o trabaja, no consume dro-

¹² Intervención de "Mamón". Conversación grabada en Tumaco en agosto de 1997.

gas, no acostumbra visitar los lugares de *aletosos*, y sus padres ejercen control sobre él: "Un pelao sano es que salga de su casa a lo que va, llega a su casa y a dormir. Un pelao sano no fuma, ni toma, ni hace vueltas"¹³.

Si entre la categoría de *dañados* se pueden diferenciar *aletosos* y *gomelos*, al interior de la de *sanos* se encuentra la de *plástico*:

Un plástico no se pone bombastín, se pone como bluyines más apretados, correas finas, se mete la camiseta por dentro y la camisa por fuera, finitas, pocas veces anda con gorra y cuando anda con gorra anda con una gorra sería [...] Un plástico no es gomelo ni un aletoso, aunque un plástico parece como gomelo. Y la diferencia entre el gomelo y el plástico es que el gomelo es dañado. El plástico es un pelado de su estudio. Ahí está la gran diferencia que el aletoso no estudia; en cambio, el plástico estudia, es hijo de papi y mami también¹⁴.

En síntesis, se pueden presentar de manera esquemática algunos de los criterios que posibilitan el orden clasificatorio de los jóvenes en Tumaco.

+ "Dañado"	Desechable Rata Aletoso Gomelo	- Elegante	- Serio	+ Drogas	+ "Arranque"	+ "Pelaos de casa"
+ "Sano"	"Plástico"	+ Elegante	+ Serio	- Drogas	- "Arranque"	- "Pelaos de casa"

¹³ Entrevista con Hancler Lemos. Tumaco, abril de 1998.

¹⁴ Entrevista con Hancler Lemos. Tumaco, abril de 1998.

ENTRE LA DISCRIMINACIÓN Y LA APOLOGÍA

Aletoso no es sólo una categoría social para definir a un individuo. No es simplemente un término al cual se le asocian disímiles representaciones colectivas. Al mismo tiempo, presupone una heterogeneidad de prácticas y de actitudes hacia quien es considerado *aletoso*, las cuales varían según la posición de quien lo clasifica como tal. Por su parte, quien es denominado *aletoso* establece relaciones de diferente índole con el conjunto de los habitantes de Tumaco. Las representaciones y las prácticas de los diferentes actores se encuentran estrechamente ligadas. Sólo en términos analíticos es posible separar unas de otras: lo simbólico y la praxis son, por así decirlo, dos caras de la misma moneda.

Las prácticas y actitudes hacia los *aletosos* varían con respecto a los diferentes grupos y posiciones existentes en Tumaco, de acuerdo con las disímiles representaciones e imaginarios. En esta multiplicidad se pueden definir, sin embargo, dos grandes tendencias en la relación con quienes son clasificados como *aletosos*: de un lado, la discriminación y, del otro, la apología e idealización.

La discriminación marca las relaciones entre *aletosos* y un número significativo de actores sociales en Tumaco. La discriminación se manifiesta de múltiples maneras. De forma directa, con expresiones o actitudes de rechazo:

Mejor dicho, si usted es *aletoso* es discriminado, prácticamente no le dan derecho a nada. Supongamos que va a pedir trabajo a cualquier parte, que no, le forman un problema todo culo. El man de tanto pedir trabajo se aburre y a la final sigue con su trabajo [robar], porque eso para ellos es prácticamente un trabajo¹⁵.

¹⁵ Entrevista con Hancler Lemos. Tumaco, abril de 1998.

Existen otro tipo de discriminaciones más sutiles. Así por ejemplo, en diversas ocasiones, cuando me encontraba hablando con un grupo de *aletosos* en casa de un amigo, era bastante significativo que muchas de las personas que llegaban no ocultaran su inconformidad, faltando, incluso, a las mínimas normas de cortesía como presentarse, saludarlos o dirigirles la palabra. De manera indirecta, se censura y reprocha a quien sea visto en compañía de *aletosos* o si frecuenta sus sitios. Para seguir con el mismo ejemplo, aquel amigo manifiestamente preocupado me hizo saber que no podía verme más con los *aletosos* en su casa, ya que la gente del barrio lo estaba identificando con los *aletosos*.

En este sentido, en una de las pocas notas explícitas en la prensa local sobre los *aletosos* se dice:

En realidad, la comunidad los califica como personas demasiado cursis, bohemias a la hora de las fiestas. Parte de ellos son indiscretos, ocasionando así un rechazo por parte de la sociedad. Esto trae como consecuencia muchas cosas, por ejemplo el abuso por parte de las autoridades que se sobrepasan con estas personas agredíéndolas física y verbalmente¹⁶.

El *aletoso* es objeto de prevención y agresión por parte de quienes efectiva o imaginariamente lo consideran como una amenaza a sus intereses. En su punto más extremo, mientras no se demuestre lo contrario, para los miembros de los diferentes aparatos policivos el *aletoso* es un delincuente efectivo o potencial. Por su parte, los *aletosos* perciben a aquéllos como virtuales enemigos. Las relaciones entre unos y otros se encuentran marcadas por el

¹⁶ Andrés Arias, "En Tumaco la palabra de moda 'los aletosos'", semanario *La Ola*, N° 74, 20 de septiembre de 1995, p. 19.

conflicto, y no en pocas ocasiones se han desencadenado confrontaciones armadas con heridos y muertos.

Por lo general el aletoso no respeta al policía. Lo trata con las palabras que se le vengan dentro de su ignorancia a la cabeza. Y es agresivo. Por lo general el aletoso es el que le tira al policía. No le tiene miedo a la policía... El aletoso es agresivo con la policía¹⁷.

Otro conjunto de relaciones hacia quienes son clasificados como *aletosos* se inscriben en la apología e idealización. Los pequeños juegan a *voltear* con improvisados palos y no pocos consideran a los *aletosos* entre sus ídolos. Es que ellos siempre están *elegantes*, se les ve acompañados de bellas mujeres, son excelentes bailarines y no escatiman esfuerzos por andar *enrumbados*. Aprecian su valor y astucia para conseguir dinero, el cual siempre están prestos a compartir con sus *ñías*.

PARIENTES, VECINOS, ÑÍAS Y COMBOS

Para analizar la organización y las relaciones sociales de los *aletosos* se puede distinguir un nivel externo y otro interno. Como externo se entiende el del entorno social inmediato comprendido por las relaciones parentales y de vecindad. Por nivel interno pueden considerarse los mecanismos y las relaciones de conformación de los grupos de jóvenes identificados como *aletosos*.

No se puede suponer que la categoría de *aletoso* implique una fragmentación absoluta de las relaciones parentales y de vecindad. Aquellos que son considerados *aletosos* mantienen sus vín-

¹⁷ Entrevista con el subcomandante de la estación de policía de Tumaco en enero de 1999.

culos familiares, no es extraordinario que vivan en casa de sus madres o de familiares cercanos. En algunas ocasiones, son maridos o padres. De la misma manera, son identificados y reconocidos como miembros de un barrio, de una calle, de un *pueblo* determinado. Las relaciones de parentesco y de vecindad no se diluyen, el denominado *aletoso* ocupa un lugar en la familia y el barrio, en las redes de parentesco y de vecindad. Estas relaciones se mantienen y, en múltiples ocasiones, se ven reforzadas con prácticas significativamente territorializadas:

Además otra cosa [...] porque sucede que a uno su familia le interesa [...] y sucede que cuando los cogen y les dan duro [a los aletosos], ahí sale su mamá, su tío y primo, y siente porque precisamente ahí está la familia. Porque uno, a la familia, a los hijos, los quiere sin condición [...] no es que ese pelao es más buen hijo, porque además le está resolviendo problemas a su mamá, les está llevando la plata¹⁸.

Aunque las relaciones con parientes y amigos no se fragmentan totalmente, se encuentran marcadas por los imaginarios y las prácticas sociales que se han descrito en torno al *aletoso*. La discriminación se encuentra entramada con la apología e idealización. Las actitudes hacia el hijo, hermano, sobrino o marido considerado *aletoso* varían ampliamente desde el reproche y la exclusión hasta la admiración y el apoyo incondicional. En efecto, dispares son las actitudes. Se pueden registrar posiciones como la de la madre temerosa que se siente impotente ante lo que hace o deje de hacer su hijo, que calladamente prefiere que éste duerma hasta altas horas de la tarde en su casa antes que salga a la calle, pero

¹⁸ Entrevista con Tulia Carabál. Tumaco, enero de 1999.

que no se atreve a hacer ningún reproche ni a condicionar el comportamiento de su hijo adolescente. Por el contrario, se presentan actitudes como la de aquel padre que fue asesinado al defender la vida de su hijo al querer sacarlo de Tumaco, donde corría peligro¹⁹.

Los vecinos, por su parte, oscilan entre las manifestaciones de rechazo hacia aquellos grupos de *aletosos* que recorren o se encuentran en sus barrios y su protección cuando la policía o el ejército tratan de atraparlos:

Aquí la gente en los barrios Viento Libre, Panamá, el Templete, usted vaya saque un aletoso, trátelo de llevar y no lo dejan llevar. Entonces la gente prácticamente está encubriendo a los aletosos y hace que el aletoso se crezca más. Y eso pues ellos hacen que ellos recluten más gente. Y digan: entre más unidos la policía no hace nada. Entonces el delito se encierra allá, por todo se va encerrando²⁰.

En este sentido, se aprecian actitudes ambivalentes que implican, por un lado, la denuncia y el señalamiento y, por el otro, el ocultamiento y la complicidad. Por su parte, los denominados *aletosos* expresan actitudes de respeto y de agresión hacia los pobladores del barrio. Por lo general, ellos mismos consideran como una acción censurable atacar o despojar de sus pertenencias a los vecinos. En este sentido, dicen que con la gente del barrio no se meten; al contrario, que ellos los protegen de personas de otros sectores que se atreven a entrar a hacer cualquier fechoría. Desde esta perspectiva, aparecen como unos garantes de la seguridad y

¹⁹ Esto ocurrió con el famoso Totoy (*La Ola*, N° 59, 25 de mayo de 1995).

²⁰ Entrevista con el subcomandante de policía. Tumaco, enero de 1999.

tranquilidad del vecindario. Sin embargo, no son pocas las acusaciones de que los denominados *aletosos* asaltan o agreden a sus vecinos, sobre todo cuando *están locos*²¹ o no han conseguido dinero en otras partes.

Generalmente el aletoso va a robar a otro barrio. Él en su barrio casi no roba porque además casi todo el mundo lo conoce. Entonces, si se mete a una casa, saben que fue julano de tal el que se metió. Generalmente ellos se trasladan de un barrio a otro. Muy pocas veces, aunque también se dan casos, muy pocas veces roban en el barrio²².

Cualesquiera sean las actitudes entre unos y otros, es significativo que quienes son denominados *aletosos* sean marcadamente territoriales. Se identifican con un barrio o *pueblo* determinado. No sólo porque han habitado allí, sino también debido a que se configura como espacio de reunión, de goce y de seguridad.

Otro nivel de análisis es el de los mecanismos de organización y las relaciones tejidas entre quienes han sido identificados como *aletosos*. Hasta esta altura de la exposición se ha ofrecido una imagen desde una perspectiva del individuo. Se han registrado las representaciones y las prácticas en torno a los llamados *aletosos* en tanto individuos que interactúan con un ámbito social, parental y vecinal. Sin embargo, los *aletosos* conforman grupos y establecen relaciones entre ellos. Se podría afirmar, incluso, que quien es considerado *aletoso* nunca está aislado, siempre se encuentra como miembro de un grupo, de un combo. "Por lo general, el aletoso

²¹ Con ello se refieren a cuando alguien se encuentra bajo los efectos de la droga y no reconoce a sus amigos y le importa muy poco lo que hace.

²² Entrevista con Tulia Carabalí. Tumaco, enero de 1999.

nunca actúa solo, actúa siempre en grupos, mínimo por ahí cinco o de ahí para arriba, pero solos nunca actúan”²³.

Ñía es la relación básica compuesta por una *dáda*²⁴, esto es, por unas relaciones horizontales de lealtad, amistad y solidaridad entre dos individuos. Esta relación diádica se establece desde la infancia, aunque no necesariamente. Es una relación que se recrea en la práctica cotidiana. Supone la confianza absoluta en el otro, que es confirmada con diferentes avatares de la vida diaria. El *ñía* es más que un amigo, es la persona a la que se le puede confiar hasta la vida misma. Cuando se presentan dificultades, se espera recibir ayuda incondicional del *ñía*. Si alguien es agredido, ello será interpretado como una ofensa por su *ñía*, quien sin dudarle responderá a la agresión como si la hubiese recibido él mismo. De la misma manera, se comparte el dinero, la ropa, la vivienda o la comida... en fin, con la *ñía* se está en *la buena o en la mala*.

Desde todo punto de vista, es una relación horizontal entre dos individuos que, aunque implica una referencia a un pasado a veces distante, es recreada continuamente en el presente. Es una relación de facto que compromete a dos individuos en solidaridades y lealtades que trascienden una simple amistad o ayuda entre dos conocidos. Por ello, si en cualquier momento se presenta alguna acción u omisión que no responde a las expectativas del otro, esta relación puede debilitarse o romperse. Un individuo puede establecer varias relaciones diádicas de este tipo al mismo tiempo o durante su vida. Éstas no implican exclusividad, aunque, por lo general, se da una preferencia de una sobre las otras.

²³ Entrevista con el subcomandante de policía. Tumaco, enero de 1999.

²⁴ La categoría de *dáda* se retoma del trabajo de Whitten (1992).

El término y la relación de *ñía*, sin embargo, no es sólo de quienes son identificados como *aletosos*. No es extraño escuchar la palabra *ñía* para indicar confianza al interlocutor o para referirse a un amigo. No son únicamente los denominados *aletosos* quienes la usan; los llamados *gomelos* o, incluso, los *sanos* utilizan el término e igualmente establecen este tipo de relaciones diádicas. Aunque no es exclusiva de los denominados *aletosos*, por las particulares condiciones de discriminación y las prácticas delictivas que en ocasiones desarrollan, en ellos se encuentra reforzada y adquiere un importante lugar. Es a partir de un denso tejido de estas relaciones diádicas como se constituyen los *combos*, es decir, los grupos de *aletosos*. Un *combo* está configurado por un entramado de relaciones horizontales como las descritas. Aunque éstas no son las únicas relaciones establecidas entre los diferentes miembros, no son nada marginales a la hora de entender la mecánica y configuración de estos grupos.

El *combo* no sólo es la unidad organizativa de los jóvenes conocidos como *aletosos*, sino también su referente territorial y de identidad inmediata. Estos grupos, que varían en tamaño entre una decena hasta medio centenar de miembros, se encuentran territorializados tanto en lo que respecta a los sitios de encuentro como a los de “rebusque”, diversión o pertenencia. Igualmente, sus diferentes miembros expresan un fuerte sentido de identificación con un *combo* determinado.

Un *combo* se configura por una serie de relaciones entre sus diferentes miembros. Estas relaciones son de carácter horizontal y vertical. Las primeras incluyen las alianzas diádicas entre los individuos, las diferentes relaciones de *ñía* que se superponen y entretajan en el seno del grupo. Las verticales, por su parte, se refieren a aquellas relaciones de jerarquía entre los miembros del *combo*. La más importante de las relaciones verticales o de jerarquía son las establecidas entre el *cacique* y sus subordina-

dos o *cohorte*. En efecto, cualquier *combo* se conforma alrededor de un cacique, el cual deviene en un referente de pertenencia: “soy del *combo* de Murdock” es un enunciado que indica cómo el *cacique* funciona como aglutinante y significante para diferenciar a un grupo de otro.

Cacique es una posición de hecho reconocida en un individuo por sus cualidades indiscutibles de liderazgo. Un *cacique* siempre es considerado un *caballo*, esto es, un personaje sobre quien se centra el reconocimiento tanto de los miembros de su *combo* como de los otros grupos. El *cacique* es temido, respetado y obedecido. Su estatus es recreado por la práctica cotidiana, por las decisiones y acciones que lo comprometen a él y a sus seguidores inmediatos. Su poder interno y externo radica, de un lado, en sus habilidades individuales para enfrentar las constantes dificultades y rivales y, del otro, en su capacidad de mando y de convocatoria para emprender cualquier acción. En principio, el *cacique* lo sabe y lo controla todo. El *cacique* es garante de la seguridad de su gente; mientras más respetado y temido sea por los miembros de otros grupos, más protección ofrece a los integrantes de su *combo*. Esta seguridad se articula con su capacidad de diseñar y ejecutar colectivamente acciones que redunden en la consecución de infraestructura y dinero para todos. Centraliza y redistribuye una parte significativa de estos recursos con el propósito de reproducir y ampliar las capacidades operativas del grupo.

Entre los *combos* se pueden presentar solidaridades o contradicciones. En comparación con las dinámicas de otras ciudades, las rivalidades entre los *combos* no adquieren grandes proporciones. No obstante, cuando por cualquier motivo un individuo de un grupo ha *ofendido* a uno de otro, la ofensa puede ser el inicio de una confrontación entre ambos *combos*. Lo que le sucede a alguien del grupo compromete y compete a todos, en particular al *cacique*. En este sentido, los *combos* funcionan como cuerpos y

quien se mete con alguno de sus miembros debe estar dispuesto a enfrentar al grupo.

“IDENTIDADES PROSCRITAS”

Cuando se lee la prensa local y otros documentos existentes, lo mismo que al escuchar los comentarios de los funcionarios y de ciertos habitantes de Tumaco, resulta evidente la existencia de un discurso que establece una estrecha relación entre “inseguridad” y lo que se denomina “delincuencia juvenil”. Además, es posible pesquisar en dichas representaciones una superposición entre delincuencia juvenil y *aletosos*. En este discurso, son las prácticas delictivas de los jóvenes en general, y de los *aletosos* en particular, las que han consolidado la situación de “inseguridad”, la experiencia de miedo y de peligro. Además de la migración poblacional hacia y de Tumaco, la “pérdida de valores”, la “descomposición familiar”, la “pobreza”, las “malas influencias”, la “ignorancia” y el “abandono” son los factores esgrimidos para explicar la presencia en Tumaco de la “delincuencia juvenil” y, en particular, la de los *aletosos*.

Para ilustrar estos planteamientos es relevante traer a colación algunos fragmentos que evidencian dichos discursos y posicionamientos. En la prensa local no es extraño encontrarse con apreciaciones de esta naturaleza escritas por articulistas que pertenecen a sectores medios, con educación secundaria o universitaria y que, en ocasiones, han desempeñado cargos públicos o del sector privado en la ciudad:

La delincuencia juvenil es el resultado de la pérdida de los valores humanos, la desintegración familiar, el abandono de los menores, la pobreza, la carencia de educación, al igual que el mal ejemplo, influencia nociva de la televisión y las fallas políticas del

gobierno municipal y departamental que hasta el momento nunca se ha manifestado al particular²⁵.

Hace treinta años que la ciudad de Tumaco fue impactada violentamente en sus costumbres, cultura y educación civilista y administrativa, por causa de un sistema político ignaro y vergonzante. La migración y el flujo de gente campesina alucinados por el falso espejismo laboral hacia Tumaco, fue la resultante del engaño proselitista y la mentira demagógica de algunos políticos, quienes prometieron puestos en el municipio e “inundaron” a Tumaco de ingenuos ciudadanos del sector rural abandonando sus campos, parcelas y afines [...] ese es uno de los caldos de cultivo en la juventud para la proliferación de bandas de atracadores: el desempleo y la ociosidad [...] Ante estas deficiencias y anarquía en la educación, se produce un fenómeno de repulsión de los docentes y alumnos, quienes abandonaron las escuelas y colegios y fácilmente son víctimas de las malas compañías, integrando a las pandillas de raponeros y atracadores. A estas causas hay que agregar la insuficiente vigilancia de la ciudad por parte de la fuerza pública²⁶.

Por su parte, entre anteriores o actuales funcionarios de la alcaldía o miembros de los aparatos policivos del Estado pueden hallarse posiciones al respecto como las siguientes:

²⁵ “Delincuencia juvenil se toma a Tumaco”, Álvaro Santacruz, *La Ola*, N° 149, 10 de abril de 1997, p. 7.

²⁶ “Inseguridad en el Puerto”, Elpidio Hernández, *La Ola*, N° 49, 9 de marzo de 1995, p. 4. Resulta más interesante aún cómo este mismo articulista contrasta, en otro texto publicado en el mismo semanario, estas migraciones “nocivas” con aquellas adecuadas al progreso de principios de siglo (“Un barbacoano puede ser...”, en *La Ola*, año 1, N° 21, p. 4).

Hoy, ese espectáculo horrible de la gente en Cali es muy lamentable; salen de aquí, no saben hacer nada, siguen conservando las mismas costumbres de aquí; cuando llegan a esas ciudades salen al rebusque diario y la vida se les vuelve un vicio porque tienen que mantenerse dopados para poder vivir en las masacres, para aceptar su propia realidad; y cuando están muy perseguidos los que quedan vivos regresan [esos son los famosos *aletosos*] y aquí también los matan [Entrevista a Germán Manzi, exfuncionario público, en Aristizábal, 1998: 322].

La gran mayoría de aletosos vienen de hogares sin presencia del padre, hay mujeres con hijos de distintos papás. Mujeres que no tienen ninguna permanencia ni con sus hijos ni con los compañeros que han pasado por su vida. Entonces hay una descomposición total y el concepto de familia no existe. Otros muchachos han quedado huérfanos y se han quedado con algún familiar; entonces el familiar es pobre, no tiene qué darles de comer, porque esa zona es de pescadores, entonces le toca salir a robar. De trabajar no hay que hacer nada²⁷.

Según el balance que se tiene aquí en la estación de policía, los aletosos vienen de hace aproximadamente unos diez años para acá. O sea del 89 para acá, cuando se ha incrementado la delincuencia callejera. El foco de todo esto está en la falta de control en cuanto a la natalidad, hogares con pocos recursos económicos, con bajos ingresos se puede decir, donde el papá trabaja, la mamá trabaja, descuidan a los hijos y ellos se crían prácticamente solos. Sin ninguna clase de control. Tampoco tienen educación.

²⁷ Entrevista con Tulia Carabál, funcionaria de la alcaldía. Tumaco, enero de 1999.

Entonces nosotros clasificamos que el problema viene a ser por la carencia de planteles educativos, la carencia de fuentes de trabajo, la carencia también de centros recreacionales y un poquito de educación sexual a los hogares o a las madres donde tienen hijos sin control²⁸.

Por último, investigadores y organizaciones no gubernamentales locales que han abordado el tema no han escapado a este discurso hegemónico, entre otras cosas, porque pertenecen a los sectores tumaqueños que han accedido a la educación secundaria o universitaria y perciben el fenómeno desde una posición de relativo privilegio:

Factores como la descomposición familiar, la falta de fuentes de empleo, la migración tanto de la zona rural del municipio como del interior del país hacia Tumaco, han dado la pauta para que algunos jóvenes adopten conductas negativas “antisociales” que pueden desencadenar en actos delictivos y que mientras no se tomen las medidas de prevención integrales a tan compleja situación el futuro será cada vez más incierto [Corpocafico, 1996: 2].

Estos sectores, por la topología de la construcción y la deficiente distribución y ubicación de las calles y viviendas, son los sitios precisos para el hacinamiento y el desarrollo de las actividades delictivas de los “aletosos”; al igual que la presencia de sitios distribuidores de bazuco, denominados como “ollas” de alta peligrosidad donde a la misma ley es difícil entrar [...] La no presencia

²⁸ Entrevista con el subcomandante de la estación de policía de Tumaco en enero de 1999.

paterna y la presencia esporádica de la madre por sus actividades laborales ocasionan desestabilidad en los menores y jóvenes, dejándolos en libertad para disponer de un tiempo sin la orientación de un mayor que guíe su comportamiento y actitudes [...] La sociedad de consumo que vivimos y la no apropiación de los fundamentos morales y éticos conllevan al deseo de obtener dineros fáciles [Cecan, 1996: 12, 13].

El ambiente que se vive en cuanto a la seguridad es inquietante y deja mucho qué pensar, no porque sus moradores sean los autores, sino porque además de ser víctimas sus jóvenes están siendo influenciados por jóvenes verdaderamente responsables. Ellos comentan: ya no se puede andar libremente, ni tampoco estar seguro dentro o fuera de la casa pues esos aletosos se atreven a encontrar lo que buscan en los hogares de los demás sin importarles nada, ni lo que hagan para conseguirlo. Ellos roban, matan, etc., porque un jefe se los ordena. Este grupo de jóvenes responsables son denominados aletosos. Tienen un líder que es quien los dirige y les ordena qué hacer. Se dedican a llevar a cabo acciones que van en contra de la persona como: robar, matar, violar. Sus moradores opinan al respecto: por más que pensamos en cuál puede ser la causa de la formación de estos grupos, no la encontramos porque algunas de sus familias son personas respetables y completamente útiles a la comunidad que en definitiva sufren y se avergüenzan por todo este acontecer al igual o más que los demás [Castillo *et al.*, 1997: 74].

En su conjunto, los anteriores testimonios o fragmentos de informes evidencian cómo los *aletosos* se convierten en significativo de un “no-deber-ser” (tanto estético como moral y legal), de la “falta” (bien sea de educación, de cultura o de trabajo) y de la “falta” (de la familia a la vez que de la sociedad, de los políticos o del

gobierno)²⁹. Por tanto, las identidades de los *aletosos* aparecen marcadas por estos significantes producidos desde las perspectivas hegemónicas y reproducidas por las instituciones estatales, los medios de comunicación y los habitantes de la ciudad. Si se parte de entender la identidad como un proceso relacional (Wade, 1999), entonces todos estos significantes constituyen un aspecto pertinente en la construcción de identidad de los *aletosos*. Específicamente, la noción de “identidades proscritas” se hace pertinente acá para dar cuenta de este proceso de definición de los *aletosos* como un Otro atravesado por estos significantes del “no-deber-ser”, de la “falta” y de la “falla”:

Las identidades sociales son complejos procesos relacionales que se conforman en la iteración social. Existen diferentes formas de identificación cuyos límites de adscripción se establecen principalmente por la posición de los otros y no por una definición grupal compartida que trate de ganar sus propios espacios de reconocimiento. Así mismo, existen sectores y grupos estigmatizados, para quienes la fuerza del estigma muchas veces conlleva la posibilidad de conformar procesos apropiados de identificación a pesar de las respuestas de la sociedad global y de sus grupos dominantes. Por ello hemos definido a las *identidades proscritas* como aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores dominantes, donde los miembros de los grupos o las redes simbólicas proscritas son objeto de caracterizaciones peyorativas y muchas veces persecutorias [Valenzuela, 1998: 44-45].

²⁹ No está de más anotar que, de esta manera, se encuentra cerrado el círculo de superposiciones que permiten y justifican moralmente las múltiples medidas de profilaxis social, desde quienes sugieren los centros de rehabilitación hasta quienes organizan “grupos de limpieza”.

Con respecto a los *aletosos* como un Otro estigmatizado desde los significantes mencionados, tres son los ejes que articulan este aspecto de las “identidades proscritas”: la generación, lo socio-económico y lo cultural. En otras palabras, dichos significantes han sido acuñados y circulan desde relaciones de poder estructuradas en una tríada de oposiciones locales: *mayor/joven, rico/pobre y de color-serrano-paisa/negro-costeño*. Aunque estas oposiciones o ejes se encuentran profundamente entrelazados, es posible aislarlos analíticamente con un fin expositivo.

Como ya ha sido expuesto, un *aletoso* no-joven está, por decirlo así, fuera del orden del pensamiento. Pero no todos los jóvenes son *aletosos*. En consecuencia, resulta igualmente impensable la ecuación *joven=aletoso*. Es claro, entonces, que para entender esas “identidades proscritas” resulta indispensable abordarlas desde el prisma generacional. No obstante, lo generacional y, más específicamente, lo joven y el ser-joven no se pueden reducir a un hecho biológico, sino que son construcciones sociales e históricas. Los años de vida de un individuo no implican definiciones y condicionamientos universales; más bien, lo generacional apunta hacia el significado específico que en los distintos contextos culturales adquieren determinadas experiencias societales asociadas con la construcción de grupos de edad.

Por tanto, en una perspectiva antropológica, categorías como la de joven y juventud son hechos culturales en transformación permanente que se definen diferencialmente de acuerdo con relaciones de poder, de clase, de género, raciales y étnicas, entre otras (Serrano, 1998: 275-276). En consecuencia, las identidades juveniles son siempre procesos relacionales localizados que constituyen densos precipitados culturales donde la alteridad se corporiza, se espacializa y se escenifica desde diacríticos etéreos.

Los *aletosos* constituyen una expresión de las identidades juveniles de Tumaco de los años noventa. Identidades que se ins-

criben en unas relaciones de poder. Como ya se ha expuesto, en sus imaginarios y actitudes los mayores han estigmatizado al joven *aletoso*. La corporalización que define al *aletoso* es percibida por las generaciones mayores como una carencia de estética y el comportamiento de aquél como una clara desviación de sus valores máspreciados sobre el trabajo, la propiedad, el respeto, la vida, la sexualidad y la diversión, entre otros. Así, en la medida que se contraponen a sus paradigmas estéticos y morales, el *aletoso* es objeto de censura y de estereotipia por parte de las generaciones que lo preceden.

Desde esta perspectiva, el *aletoso* no puede dejar de ocupar el lugar efectivo e imaginario del otro que amenaza y subvierte el orden socialmente construido por las generaciones mayores. En este sentido, la estigmatización de los *aletosos* por parte de los mayores constituye un aspecto en la construcción de sus identidades. En esto se diferencian de otras identidades juveniles en Tumaco como los *plásticos* o los *gomelos*, ya que la alteridad de éstos no constituye una radical puesta en cuestión del orden estético y moral reproducido por las generaciones precedentes.

Lo socioeconómico y lo cultural son los otros dos ejes que articulan al *aletoso* como un Otro estigmatizado desde los significantes anteriormente expuestos del “no-deber-ser”, de la “falta” y de la “falla”. Cuando se empieza a hurgar en los discursos que circulan en Tumaco sobre los *aletosos*, se hace evidente cómo la representación de éstos se estructura (además de las diferencias generacionales) a partir de lentes estéticos, morales y simbólicos de los sectores económicamente dominantes y de las poblaciones minoritarias (*serranos-paisas-de color*). Así, por ejemplo, el *aletoso* es signifiante de un “no-deber-ser”, de la “falta” y de la “falla” en la medida en que cuestiona con su cuerpo y comportamiento la racionalidad económica o simbólica que agencian aquellos sectores y poblaciones. Por tanto, ciertas prácticas de los *aletosos*

constituyen expresiones de su alteridad socioeconómica y cultural que al ser estereotipados y objeto de censura por estos sectores y poblaciones definen un aspecto de la construcción de las “identidades proscritas”.

En el discurso estigmatizante de la construcción social de los *aletosos*, los ejes socioeconómico y cultural hallan un anclaje espacial. Los denominados “sectores marginales”, “subnormales” o “lacustres” de Tumaco, que desde un “régimen de construcción de ciudad” hegemónico (Álvarez, 1998) han sido representados como un espacio de predominio de poblaciones negras *pobres*, son a su vez identificados como los lugares donde habitan los *aletosos*:

Ellos tienen presencia en los barrios más marginados de Tumaco. Estoy hablando de pandillas detectadas en el Voladero, La Playa, María Auxiliadora, La Comba, Panamá, Unión Victoria, Buenos Aires, Padilla, en la gran mayoría de estos sectores de Tumaco tenemos presencia de *aletosos*³⁰.

Por consiguiente, la espacialización de estas “identidades proscritas” es el dispositivo social que introduce una geografía del miedo. Geografía que tiene disímiles expresiones dependiendo, precisamente, de la posición de los sujetos con respecto a los ejes que construyen dichas identidades, constituyendo un *continuum* que va desde la experiencia de parálisis y de pérdida de habitabilidad de la ciudad hasta la reapropiación física y simbólica de la misma. Estas experiencias colectivas constituyen la matriz que explica por qué los *aletosos* han conseguido un lugar de privilegio en las conversaciones cotidianas de las gentes de Tumaco.

³⁰ Entrevista con Tulia Carabál, funcionaria de la alcaldía de Tumaco, en enero de 1999.

Las construcciones locales de las identidades de los *aletosos* no sólo han sido marcadas por discursos hegemónicos que les han estigmatizado e inscrito en el orden de lo censurable, sino que también han constituido estrategias de apropiación/re-significación/transformación de estas representaciones. Como se expuso anteriormente, ser *aletosos* constituye también una experiencia de autoafirmación, de configuración de identidades que logran subvertir en ciertos aspectos esta encrucijada de estigmatizaciones de los discursos hegemónicos. La circulación de estas autoafirmaciones de la identidad del aletoso recoge, utiliza y tuerce para sí las imágenes moldeadas socialmente desde las relaciones de poder generacionales, socioeconómicas y culturales. Se instauran, esta vez desde quienes han sido definidos como *aletosos*, unas identidades que empiezan a reivindicarse en sus propios términos. Las imágenes “en negativo” y peyorativas se fragmentan en varios puntos, pero aún no se ha logrado romper y cuestionar el entramado de poder que los estigmatiza.

MÁS ALLÁ DE LO LOCAL: “CALI, LA UNIVERSIDAD DE LOS ALETOSOS”

Cali es referente privilegiado de los movimientos de la población de Tumaco (Arboleda, 1998; Vanin, 1998). Es bastante común encontrar personas que cuentan con uno o varios familiares y amigos en Cali. Al igual que no son pocos los que conocen o han habitado durante temporadas más o menos largas en dicha ciudad. En el caso de los *aletosos*, Cali es un referente nodal en varios planos: en las representaciones sociales de muchos habitantes de Tumaco, los jóvenes han retomado de Cali lo que los identifica como *aletosos*. En su perspectiva, éstos se encuentran reproduciendo lo que sucede en ciertos barrios periféricos de Cali. En particular, como ya ha sido expuesto, no es extraño escuchar que las prácticas delincuenciales han sido aprendidas por ellos en esa ciudad,

que la situación de *inseguridad* de Tumaco es, en gran medida, la consecuencia de la llegada de los jóvenes que han adquirido *malas mañas* allá. Es más, algunos consideran que de allí provienen los *proprios aletosos* que les han enseñado a los de Tumaco. De ahí que se diga que “Cali es la universidad de los *aletosos*”:

Los jóvenes tumaqueños han asimilado la cultura comportamental de sus “parceros caleños” en modas, jerga, pensamiento de la vida, es una misma situación que los acerca e identifica: sobrevivir en un medio que no ofrece demasiadas alternativas de superación, que los estigmatiza y les hace difícil la posibilidad de acceder a otros espacios [Cecan, 1996: 14].

Para expresarlo de una forma esquemática, en el imaginario social los procesos de imitación, aprendizaje y “contaminación” con las formas de vida de las *pandillas* de aquella ciudad definen el origen y las características de los *aletosos* en Tumaco. Desde estos imaginarios se considera, además, que dichos *aletosos* se encuentran en un movimiento permanente entre las dos ciudades. Que en determinadas épocas y circunstancias, se desplazan de una ciudad a otra. Durante los períodos de *fiestas*, como son semana santa, diciembre o el carnaval, son muchos los *aletosos* que vienen a Tumaco.

De la misma manera, en el imaginario social se considera que los movimientos de una ciudad a otra están dados por razones de seguridad. En numerosas ocasiones se me expuso que cuando se agudizan conflictos personales o grupales, cuando se *calientan*, los *aletosos* se trasladan por un tiempo prudencial de una ciudad a otra esperando que las cosas se tranquilicen, que se *enfrien*, para poder regresar. Así, en El Voladero un anciano explicaba que el barrio estaba *tranquilo* en los últimos meses, porque los *aletosos* se habían ido para Cali debido a que la policía y el ejército los ha-

bían *corretiado*; pero que sin duda ellos regresarían cuando las cosas se *enfriaran*.

Cualquiera sea el contenido de verdad de estas representaciones, los *aletosos* han establecido múltiples relaciones con Cali. En una de las pocas ocasiones en las cuales se recogen apartes de entrevistas realizadas por la prensa local a un grupo de *aletosos* del Puente del Voladero, uno de ellos decía: "Aquí cada veinte días llega una persona y se va otra, mantenemos comunicados. Somos los mismos aquí o allá en Cali" (*La Ola*, 6 de abril de 1995: 7).

Antes que cualquier otro lugar, Cali constituye el horizonte en el cual cifran sus expectativas e intereses. El desplazamiento de Tumaco hacia Cali lo consideran como *subir*, y el inverso como *bajar*. Cali está *arriba*, mientras que Tumaco está *abajo*. Para los jóvenes identificados como *aletosos*, *subir* es más que una categoría "emic" con la cual se indica una relación geográfica entre Cali y Tumaco. Las connotaciones de *subir* establecen una topología y jerarquía simbólicas entre dichas ciudades. Tumaco es representado como *pueblo*, mientras que Cali es paradigma de *ciudad*.

Las relaciones *pueblo/ciudad* remiten a un eje mucho más amplio: *campos-pueblo-ciudad* (Álvarez, 1998). El área rural de Tumaco es considerada como *los campos* y la urbana como *el pueblo*, mientras que Cali tendría un estatus de *ciudad*. Desde la perspectiva de los *aletosos*, estas tres categorías configuran una jerarquía donde *los campos* son el punto "inferior" y *la ciudad* el "superior". Por tanto, la *ciudad* es el referente de su manejo de cuerpo y comportamiento. Así, por ejemplo, la ropa y parafernalia usada, la música y los criterios de diversión se inscriben en una lógica de consumo que remite a *la ciudad*; mientras que aquellos aspectos identificados como de *los campos* son objeto de burla y censura en los jóvenes.

En este sentido, *la ciudad*, como nada gratuitamente denominan a Cali, es vivenciada como paradigma de vida, fuente de

estatus, espacio de oportunidades y de grandes retos. Son relativamente pocos quienes no han estado, cuando menos, algunos meses en aquella ciudad, recorrido sus calles, bailado en sus discotecas o disfrutado sus ferias... Múltiples son las historias y las referencias a Cali; innumerables son las experiencias, los triunfos y las dificultades narradas.

En contadas ocasiones, por no decir que en ninguna, el desplazamiento hacia Cali se presenta al azar. Por el contrario, este desplazamiento se da a través del tejido social de parientes, antiguos vecinos o amigos que reciben a los recién llegados. Las redes parentales y de amistad son instrumentadas por los migrantes tumaqueños que arriban a Cali (Vanin, 1998). Quienes, antes o después, pueden ser considerados como *aletosos* no son la excepción. Las redes de solidaridad son utilizadas por los recién llegados. Esto hace que las relaciones de los jóvenes migrantes tumaqueños con Cali se establezcan desde los espacios sociales construidos por aquellos familiares y conocidos que los han precedido. No se llega de cualquier manera ni, mucho menos, a cualquier lugar (Arboleda, 1998). Por lo general, no es el azar de quien busca otros horizontes el que condiciona la inserción temporal o permanente del joven migrante en Cali. Las relaciones y experiencias con el novedoso ámbito urbano están marcadas, en los más de los casos, por el específico círculo de solidaridades que representan los parientes y amigos de cada individuo.

Esto permite explicar por qué los jóvenes provenientes de Tumaco experimentan una Cali ligada a las dinámicas de los barrios y sectores donde predominantemente se han asentado los migrantes del Pacífico. Allí se encuentran con las experiencias urbanas que marcan a muchos jóvenes de la ciudad de Cali: los *parces* y las *pandillas* (Ballona, 1997; Vanegas, 1998). Para algunos jóvenes tumaqueños, con su llegada a los barrios periféricos de Cali han entrado en contacto con los *parces* o las *pandillas* (Cinep *et al.*,

1995). En estos casos, con su regreso temporal o permanente a Tumaco, son identificados como *aletosos* y, en algunas ocasiones, logran ocupar un lugar importante en la organización de un *combo*. Sin embargo, algunos ya eran considerados como tales antes de su permanencia en Cali, mientras que otros lo son independientemente de no haber vivido en dicha ciudad.

Además, no son extraordinarios los jóvenes que, en su periplo por Cali, se mantienen al margen de los *parces* o *pandillas*. Por tanto, no se puede establecer una simple conexión entre el estar en Cali y el ser adjetivado de *aletoso* en Tumaco. Es relevante, entonces, evitar generalizaciones que trivialicen o desfiguren el análisis.

ALETOSOS: DESTERRITORIALIZACIÓN DE EXPERIENCIAS E IDENTIDADES URBANAS

El *aletoso* permite entender un aspecto crucial en la constitución de identidades por parte de las poblaciones negras en contextos urbanos y de modernidad. Como ya ha sido expuesto, su cuerpo y comportamiento remiten a objetos producidos en múltiples lugares del planeta que, sin embargo, son consumidos de un modo particular en un espacio significativo local. Muchos de los marcadores corporales o de comportamiento descritos para la identificación social de los *aletosos* son compartidos con otros jóvenes de Nueva York o Cali. El gusto por el rap, ciertos cortes de cabello o prendas de vestir no son exclusivos de los jóvenes de Tumaco denominados *aletosos*. Más aún, los *aletosos* han retomado muchos de estos elementos que ahora hacen parte de su iconografía de su contacto con otros horizontes culturales, ya sea mediante el viaje a otras ciudades o, indirectamente, a través del mercado, la televisión por cable o los juegos de video. En este sentido, no es extraordinario que en otras ciudades se pueda observar fácilmente

te a jóvenes que en su configuración del cuerpo o del comportamiento responden, total o parcialmente, a la descripción que hemos hecho para los *aletosos*.

No obstante, los *aletosos* consumen estos elementos total o parcialmente compartidos por otros jóvenes de las más disímiles ciudades en un espacio significativo local que les permite no sólo una configuración particular, sino también una reinterpretación y unos sentidos específicos. La recomposición de objetos y la reinterpretación de sentidos globales en un espacio significativo local explica la construcción de diacríticos de diferencia específicos retomando referentes exógenos y generales. Esta recomposición de objetos y reinterpretación de sentidos son los dispositivos por medio de los cuales los *aletosos* pueden ser construidos por los otros y constituirse a sí mismos en un contexto social polifónico. Así, aunque en Cali y Buenaventura se utilice el término de *aletoso* para designar a jóvenes con características análogas a las descritas, los *aletosos* en Tumaco poseen connotaciones bien particulares precisamente por los actores y las relaciones locales que los diferencian de quienes así son llamados en otras ciudades. Para plantearlo en otros términos, con la emergencia de los *aletosos* en Tumaco se evidencian aspectos de la construcción identitaria de las poblaciones negras en un contexto urbano que se anclan en procesos globales sin que ello signifique la disolución de lo local.

Así, los *aletosos* encarnan una suerte de precipitado cultural de fenómenos más generales de modernización y globalización en una ciudad que en las últimas décadas ha sufrido profundos cambios. Los *aletosos* son la expresión de las rupturas con un espacio que deja de ser habitado en esencia con relaciones cara a cara y se encuentra atravesado por circulaciones crecientes de "capitales simbólicos" provenientes de múltiples horizontes culturales propios de una situación urbana contemporánea caracterizada por la intensificación de la movilidad poblacional, la redefinición de

las ataduras de tiempo-espacio (Giddens, 1993) y la “desterritorialización” de las experiencias culturales (Martín Barbero, 1994).

Sin embargo, como ha sido demostrado por diversos autores para otros casos (García Canclini, 1990; Escobar, 1996), estos procesos de modernización y globalización no significan la simple disolución de la “tradición”, la alteridad o lo local en la “modernidad”, homogeneidad o lo global. Para ilustrar este punto se pueden traer a colación unos ejemplos de cómo los *aletosos* reproducen en sus prácticas, relaciones y representaciones matrices culturales “tradicionales” de las poblaciones negras rurales del Pacífico.

El primer ejemplo se refiere a las *oraciones* o *secretos*. Las *oraciones* o *secretos* hacen parte de la rica tradición oral del Pacífico colombiano. Son enunciados memorizados, en ocasiones acompañados de ciertas prácticas rituales, con los cuales se busca un efecto concreto. Dependiendo de su origen y móviles, los *secretos* son de dos tipos: los *divinos* y los *humanos* o del *diablo*. Los *aletosos* reproducen esta categorización y utilización de *oraciones* o *secretos* que practican, por ejemplo, las comunidades negras de los esteros y ríos del Pacífico. La *oración* de la *Tunda*, del *fantasma* y del *muerto* son tres de las más comúnmente referidas por los *aletosos*. Éstas remiten a *visiones* y, por tanto, son *del diablo*. Para robar sin que el otro reaccione se recurre al *secreto* de la *Tunda*. Parece ser que esta *oración* es mucho más efectiva si quien la utiliza habita en los manglares. La del *muerto* permite que éste se introduzca en el cuerpo de quien la pronuncia, evitando así que muera, incluso si es atacado con cualquier tipo de arma. Por su parte, el *secreto* del *fantasma* nos permite estar en un lugar y pasar inadvertidos para quienes nos buscan. Al igual que para aquellas comunidades, estas oraciones hay que memorizarlas, son pagadas a quien las enseña y deben ser objeto del más alto cuidado para que sean efectivas. En el proceso de memorización puede

haber peligros. Pueden presentarse pesadillas y, en el caso de la oración del *muerto*, si quien la sabe busca problema, el muerto hace que lo maten.

Otro ejemplo podrían darlo las analogías entre las relaciones económicas de los *aletosos* y las de otros pobladores negros del área rural como mineros, pescadores o *tuqueros*. En efecto, en las múltiples prácticas productivas de las poblaciones negras del Pacífico pueden ser halladas ciertas racionalidad y relaciones compartidas independientemente de las actividades realizadas (Restrepo, 1996). En los *aletosos* también se reproducen dichas relaciones y racionalidad. Esto es evidente cuando hacen parte de los grupos de pescadores o cuando intervienen en otras actividades productivas como individuos o miembros de unas relaciones de parentesco, vecindad y amistad que trascienden la constitución de los *combos*. Más ilustrativo es el caso de aquellos *aletosos* que ocasional o cotidianamente se dedican al asalto como fuente de ingresos³¹. Criterios como el préstamo de armas o la participación en el asalto constituyen aspectos que establecen una mecánica de la repartición del “producto” de manera semejante a como lo hacen los mineros que lavan las arenas auríferas, los pescadores que hurgan con sus redes *las mares* o los *tuqueros* que recorren los *montes* con sus hachas. Las dietas y prescripciones sexuales con propósitos terapéuticos, la filigrana de las prácticas mágicas amorosas o las seductoras lecturas del tabaco, podrían ser otros tantos hechos culturales que demuestran la continuidad, la reinterpretación y la transformación de la “tradición” y lo local en las experiencias de “modernidad” y globalización que han permitido la emergencia y consolidación de los *aletosos*.

³¹ Para una descripción más detallada de la tecnología del asalto, véase Restrepo (1998).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Manuela. "En nombre de la gente. Modernidad y desarrollo en Tumaco: regímenes de construcción de ciudad", Tesis de antropología. Bogotá: Universidad de los Andes, 1998.
- Arboleda, Santiago. *Le dije que me esperara, Carmela no me esperó: el Pacífico en Cali*. Cali: Universidad del Valle, 1998.
- Aristizábal, Margarita. "El festival del currulao", en María Lucía Sotomayor (ed.). *Modernidad, identidad y desarrollo*. Bogotá: ICAN, 1998.
- Ballona, José Joaquín. "Las violencias de la ciudad, las muertes ajenas. Estudios etnográficos sobre las violencias y los conflictos en las barriadas populares de la ciudad de Cali". Cali: 1997.
- Barbero, Jesús Martín. "Dinámicas urbanas de la cultura", en *La ciudad: espacio, cultura y modos de vida*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1994.
- Castillo, Fany; Cortés, Dalia; Preciado, Carmen; Arboleda, Mercy. "Las Flores: una comunidad pionera en el alcance de sus metas", Tumaco: Tesis Universidad Mariana, 1997.
- Cecan. "Proyecto ALA/93-51. Diagnóstico a jóvenes en alto riesgo", Corporación cívica Daniel Gillard. Tumaco: 1996.
- Cinep, et al. *A lo bien, parece. Violencia juvenil y patrones de agresión contra los jóvenes de sectores populares de Cali*. Cali: Cinep, 1995.
- Corpocapacífico, et al. "¡La juventud vive! Programa de prevención para jóvenes en alto riesgo de delinquir". Tumaco: 1996.
- Escobar, Arturo. "Viejas y nuevas formas de capital y los dilemas de la biodiversidad", en *Pacífico: ¿desarrollo o diversidad?*, Arturo Escobar y Álvaro Pedrosa (eds.). Bogotá: Cerec, 1996.
- Friedemann, Nina S. de. "Minería del oro y descendencia: Güel-mambi, Nariño", en *Revista Colombiana de Antropología*, N° 16 (Bogotá: 1974).

- García, Canclini Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1990.
- Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Buenos Aires: Alianza Universidad, 1993.
- Leal, Claudia. "The illusion of Urban Life in the Forest. A History of Barbacoas and Quibdó on Colombian Pacific Region". Tesis de maestría, Estudios Latinoamericanos. Berkeley: 1998.
- Restrepo, Eduardo. "Economía y simbolismo en el 'Pacífico negro'". Tesis de grado en antropología. Medellín: Universidad de Antioquia, 1996.
- Restrepo, Eduardo. "'Aletosos' en Tumaco: modernidad y conflicto en poblaciones negras del Pacífico sur colombiano" Borrador. ICAN-Proyecto Orstom-Cidse. Bogotá: 1998.
- Serrano, José Fernando. "La investigación sobre jóvenes: estudios de (y desde) las culturas", en *Cultura, medios y sociedad*, Jesús Martín Barbero y Fabio López (eds.). Bogotá: CES-Universidad Nacional, 1998.
- Valenzuela, José Manuel. "Identidades juveniles", en *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, 1998, pp. 38-45.
- Vanegas, Gildardo. *Cali tras el rostro oculto de las violencias*. Cali: Universidad del Valle, 1998.
- Vanin, Alfredo. "Metáforas en las rutas de los ausentes y los retornantes". Tumaco: Cidse-Orstom, 1998.
- Villa, William. "Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano", en *Comunidades negras: territorio, identidad y desarrollo*. Bogotá: PNR-ICAN, 1994.
- Wade, Peter. "Trabajando con la cultura: grupos de rap e identidad negra en Cali", en *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de gente negra en Colombia*, Juana Camacho y Eduardo Restrepo (eds.). Bogotá: Ecofondo-Natura-ICAN, 1999.

West, Robert. *The Pacific Lowlands of Colombia*. Baton Rouge: Louisiana State University, 1957.

Whitten, Norman. *Pioneros negros: la cultura afrolatinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito: Centro Cultural Afroecuatoriano, 1992.

EL CARNAVAL, EL DIABLO Y LA MARIMBA:
IDENTIDAD Y RITUAL EN TUMACO¹

Michel Agier

IDENTIDAD Y CREACIÓN CULTURAL

La "identidad cultural" se ha convertido en un lugar común de las nuevas formas de lo político en el mundo. Al exponer "identidades culturales", por ejemplo en luchas electorales, territoriales o urbanas, cada grupo hace prevalecer la apariencia estática, unificada e inmemorial de algunos rasgos (modos de hacer, organización del trabajo, creencias, rituales, particularidades lingüísticas, etc.) que tienen la función actual de legitimar. Los actores niegan, por interés o por convicción personal profunda, el trabajo que ellos mismos realizan sobre fragmentos de cultura, heterogéneos y diversamente asequibles, para permitir que "la cultura", recreada como cultura-objeto, sea identitaria. Es así como hoy en día surgen, en distintos puntos del planeta, nuevos pequeños relatos en el crisol de los "grandes relatos" decadentes (misión cristiana, destino de las clases, proyección nacional). Éstos aparecen en los contextos más variados, pero se afianzan preferiblemente en los medios urbanos; tienen un contenido religioso, étnico o regional, pero los estudios relativos a estos fenómenos muestran construcciones híbridas, "bricolajes" de elementos diversos, heterogéneos, en la interface de las historias locales y el repertorio ideológico "global"; finalmente, estos relatos son el fruto de la iniciativa de individuos, de pequeños grupos o de redes confrontados con in-

¹ Traducción de Mónica Silva Pabón.